

GERMÁN BURMEISTER, *Viaje a los Estados del Plata*, tomo I, 1ª edición, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2008.

Cuando promediaba el siglo XIX, el más célebre geógrafo y naturalista alemán, pionero en la exploración de América del Sur, Alexander von Humboldt (1769-1859) trataba de disuadir a uno de sus discípulos de las ventajas de una exploración de las pampas rioplatenses, a las que consideraba poco atractivas y ya bastante conocidas gracias al aporte de numerosos testimonios ingleses. Fruto de la desobediencia de ese consejo o de su íntima confianza en las oportunidades de un viaje a esas distantes tierras es este *Viaje a los Estados del Plata* de Germán Burmeister (1807-1892), además de las casi cuatro décadas de intensa y fecunda vida científica que aportó para esa naciente república a la que decidió dedicar sus esfuerzos.

Formado en los rigurosos programas de lectura y aprendizaje de la universidad prusiana, Burmeister eligió el lejano escenario de América del Sur para desarrollar sus investigaciones sobre la naturaleza y el espacio que la ciencia primero ilustrada y luego romántica de su patria había convertido en una flamante vocación para los sabios de la época. Luego de un accidentado primer intento en las selvas de Brasil, en la década de 1840, regresó al escenario sudamericano, esta vez al Río de la Plata, a comienzos de 1857, bajo los auspicios de la Confederación Argentina con capital en Paraná, y con una recomendación de Juan Bautista Alberdi ante el entonces presidente Justo José de Urquiza. Su presencia como viajero y científico se prolongó en las provincias argentinas hasta 1860.

Burmeister desplegó una doble actividad en el nuevo escenario de sus estudios y de su vida: la investigación de la naturaleza y la enseñanza de la ciencia. El resultado de esa doble tarea fue, por un lado, una de las descripciones más sólidas, coherentes y detalladas del territorio argentino, sólo comparable con la de sus antecesores Félix de Azara (1781-1801) y Charles Darwin (1833); por otro, una profunda renovación de los paradigmas científicos y educativos que regían las instituciones académicas argentinas de entonces.

En efecto, a diferencia de Azara y de Darwin, que consolidaron su fama de naturalistas gracias a la publicación de sus obras en Europa, la aparición del *Viaje a los Estados del Plata* (Halle, 1861) de Burmeister fue precedente directo de su definitiva radicación en la flamante República Argentina, como director del Museo Público de Buenos Aires, al cual dirigió hasta su muerte.

La tarea de Burmeister en el ámbito de la ciencia argentina reúne las características de un verdadero fundador. La crisis revolucionaria, las guerras

civiles y la penuria material de las provincias argentinas habían privado al país hasta de alguna continuidad con la tradición científica y técnica de la monarquía borbónica, más allá del breve y fallido esfuerzo de Bernardino Rivadavia por fundar la Universidad de Buenos Aires y atraer naturalistas, ingenieros y hombres de letras europeos que introdujeran sus renovadores conocimientos en el mundo rioplatense. Burmeister, bajo los auspicios de Sarmiento, dejó alguna huella de su accionar transformador incluso en la conservadora Universidad de Córdoba, además de la organización del museo que le tocó dirigir y de los discípulos que pudo formar.

El recorrido realizado por Burmeister en esas tierras apenas entrevistas por los europeos, y mucho menos por los alemanes –que entonces estaban, como los argentinos, concluyendo la obra de unificación y consolidación de su Estado nacional– fue extenso y minucioso. A diferencia de la mayoría de los viajeros a estas remotas regiones del planeta, no lo movían imperiosos intereses económicos o empresariales, sino una sistemática vocación de conocimiento sobre los climas, los suelos, la flora, la fauna y las instalaciones productivas de las diversas regiones argentinas. Luego de sendas recaladas en Río de Janeiro y en Montevideo –que le permitieron atisbar brevemente esos territorios– el viajero llegó a Buenos Aires y desde allí comenzó a recorrer ese *hinterland* casi desconocido y anhelado. Marchó por las orillas del Paraná hasta Rosario; desde Rosario atravesó las pampas hasta Río Cuarto y Mendoza; incursionó por los Andes hasta la Sierra de Uspallata y, de regreso al Litoral, arribó a Paraná, capital de la Confederación Argentina, después de haber pasado por San Luis. En Paraná termina la parte de la obra que se publica en este tomo. Los viajes de Burmeister se reiniciaron luego hacia Santa Fe, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca. Desde allí, cruzó la cordillera y se embarcó en Copiapó, con destino hacia Panamá, desde donde regresó a Europa en mayo de 1860.

El relato de Burmeister no se agota en la detallada descripción de los elementos físicos, biológicos, productivos y sociales de las provincias argentinas: avanza además en incidencias personales de notable interés histórico, como las celebraciones del 25 de mayo de 1858 en Paraná y las alternativas –casi siempre adversas– de sus intentos por establecerse como granjero en las afueras de esa ciudad.

La relativa rareza y el indiscutible valor del texto de Burmeister acreditan la necesidad y la importancia de esta nueva edición realizada por la Academia Nacional de la Historia, basada en la traducción hecha por Carlos y Federico, hijos del científico, quienes la publicaron en 1943 con el propósito de honrar la memoria de su padre en el cincuentenario de su fallecimiento. Dos notables estudios, de Rodolfo Adelio Raffino y de Luis Alberto Tognetti,

acompañan ese prólogo e introducen al lector en una comprensión más completa del texto y de las circunstancias de su redacción.

No cabe duda de que los paisajes, los pueblos y los hombres de las provincias argentinas hirieron la sensibilidad, la imaginación y el corazón del brillante naturalista prusiano: la rudeza de ese mundo y sus posibilidades futuras atrajeron su vocación de pionero y explorador. En Tucumán conoció a la que sería su segunda esposa, Petrona de Tejeda, con la cual contrajo nupcias luego de su establecimiento definitivo en Argentina. Como escribió a finales de su extensa incursión rioplatense: “solamente motivos ajenos a mi voluntad podían decidirme a sofocar mis intenciones de quedarme en esta tierra; si hubiese sido libre e independiente, difícilmente habría vuelto a pisar el suelo de Europa”. No eran estas las palabras de un joven pleno de futuro que salía en busca de su destino, sino las de un hombre maduro, que ya sobrepasaba el medio siglo y que contaba con una bien lograda fama de hombre de ciencia, la cual decidió consagrar en sus últimos años a esa tierra extraña que logró cautivarlo.

ROGELIO PAREDES

FRANCISCO DORATIOTO, *General Osorio. A espada liberal do Imperio*, San Pablo, Companhia Das Letras, 2008, 262 pp.

Francisco Doratioto, autor de *Maldita guerra*, uno de los estudios más importantes aparecidos en las últimas décadas acerca de la prolongada conflagración que enfrentó durante cinco años a los países de la Triple Alianza (Argentina, Brasil y Uruguay) contra el Paraguay, acaba de publicar una biografía del general Manuel Osorio. Fue una de las figuras cívico-militares de mayor relieve durante el Imperio, verdadero arquetipo de cualidades castrenses y a la vez de adhesión a las ideas liberales entonces tan en boga en la mayor parte de las naciones de América del Sur.

Si hoy el nombre del guerrero riograndense resulta casi desconocido más allá de los lindes brasileños, durante la segunda mitad del siglo XIX, desde que comandó las tropas de su patria en varias etapas de aquella cruenta lucha internacional, fue sinónimo de valor, lealtad hacia sus aliados y generosidad para el adversario. No había concurrido a ningún instituto de formación castrense y su experiencia militar dimanaba de una prolongada permanencia en el ejército iniciada en los tiempos en que la actual República